



Comunicación, conflictos y construcción de ciudadanía: LA HISTORIA INVITA

En aquellos espacios de trabajo en los cuales desarrollamos instancias de conversación y debate, el llamado “conflicto del campo” obligó a correr de las claves en las que trabajábamos y a abrir otras. Nos obligó, sino a desviarnos, a profundizar.

También permitió articular conversaciones que estaban sesgadas. Sin dudas este conflicto modificó nuestras conversaciones e impuso nuevos temas.

Existe un aforismo dicho en la cultura política y organizativa argentina: “La organización vence al tiempo”. Es una expresión que dice mucho de nosotros, pero también de esta interesante época que nos toca. Los chinos tienen una maldición: “Ojalá que toquen tiempos interesantes”, dicen. Y estos tiempos interesantes que nos tocan vivir cuestionan incluso esas frases sacrosantas y les dan nuevos sentidos. A veces no resulta tan saludable que las organizaciones vengzan al tiempo. Porque las organizaciones que siempre vencen al tiempo son aquellas que no se dejan tocar, abrir e interrogar por él.

Tenemos actualmente la oportunidad de dejarnos interrogar por el tiempo y por la historia. Podemos dejarnos interrogar por lo que acontece y por lo que se cuenta. Esto nos permite, entonces, reflexionar sobre contarnos quién y contarnos qué: ¿Quién es el “nosotros”? ¿Quién cuenta a quién? ¿Qué es lo que hemos de contarnos?

La oportunidad de relativizar

Estar ante el desafío de contar el conflicto significa, entre otras cosas, relatarlo, lo cual nos lleva inmediatamente al ámbito de la comunicación. Y relatar un conflicto es transformarlo en una narración. Y cuando ponemos los hechos en una narrativa y los transformamos en una historia, éstos se relativizan.

Un amigo que viajó mucho por América Latina y trabajó en distintos países sostenía que “depende” es la palabra más latinoamericana del idioma castellano, y particularmente entre los sectores populares. Cuando nos ubicamos allí donde están los sectores populares (en una organización, con los campesinos, en un barrio) siempre vamos con una propuesta. Vamos y contamos una historia. Y luego le preguntamos: “¿Qué le parece?”. Y la persona contesta: “Depende”. Y en esa expresión hay una sabiduría fuerte. “Depende” es una evasiva, pero al mismo tiempo es una respuesta que da margen a quien contesta. Y a la vez es una contestación que lanza nuevamente el diálogo. “Depende” relativiza, y es allí entonces cuando precisamos dar otra vuelta de tuerca a la conversación.

¿Qué es lo que relativiza esa respuesta? Relativiza el poder. Cuando una persona contesta “depende” a una propuesta, un argumento o a una versión de las cosas, en realidad dice menos sobre ese relato que sobre las relaciones de poder que en la comunicación se plasman. Y lo hace porque las quiere poner en otro nivel.

Entonces, en el mismo momento en que nos proponemos comunicar el conflicto y conflictuar la comunicación, debemos decir “depende”. Decirlo implica relativizar y poder cambiar el estándar de las relaciones y de los vínculos. Relatar, relativizar, relacionar y cambiar los vínculos; es decir, hacer una narrativa, matizar las opiniones, poder verlas desde otro lado y ponerlas en relación. Todas esas cosas implica ponerlas en historia. Y así volvemos: ponerlas en narrativa es también ponerlas en historia.

Dejarnos atravesar por la historia

El conflicto trae la historia a nuestros procesos de comunicación. Pero no sólo como relato, sino fundamentalmente como conversación en la que podemos tomar decisiones.

La historia no es sólo una secuencia de hechos. Esa sería una definición de historia vinculada a los libros o a la disciplina científica. El tiempo es historia cuando se abren posibilidades y hay exigencias de tomar decisiones; sino es sólo pasar. Como dice la canción de Eladia Blázquez: "No es lo mismo que vivir honrar la vida". Y honrar la vida es abrirse a la historia y dejarse interrogar por ella, es reconocer que tenemos algo para decir y contar.

Y al mismo tiempo, honrar la vida es saber que la historia cuenta con nosotros. Y para ello necesitamos saber con qué contamos. Hay que tener algo para decir y para contar, una versión de los hechos. Hay que construir un relato de lo que nos pasa y pronunciar nuestro propio mundo y nuestra propia historia.

En los procesos de trabajo y de formación social y política que desarrollamos trabajamos frecuentemente con mapas. Y allí siempre sostenemos que un mapa no es tanto una orientación o una guía, sino una referencia del territorio. Un mapa es fundamentalmente un instrumento de poder, se inventaron para hacer algo con el espacio y con el territorio. Y eso debe servirnos para ubicarnos en nuestros propios tiempos y espacios. Los mapas nos permiten ver cuáles son nuestros recorridos, qué poder podemos ejercer y cómo el poder nos atraviesa.

El hecho de contar supone siempre otra expresión: "nosotros contamos". Y eso implica simultáneamente contar un conflicto y conflictuar nuestros cuentos. Allí encarna una tarea de este momento histórico: aprovechar estas inflexiones donde se abre la posibilidad de tomar decisiones para dejarnos cruzar, para permitir no que el tiempo nos venza, pero sí que la historia nos toque.

Mirar más lejos

La historia nos interpela en este momento para buscar respuestas: ¿Cómo generamos comprensión desde los sectores populares respecto a lo que está pasando? ¿Cómo se conecta lo que dice la televisión con lo que pasa en nuestros bolsillos? ¿Cómo se vincula lo que pasa en Tucumán con lo que sucede en la pampa húmeda? ¿Cómo se relaciona lo que pasa en la Puna jujeña con el precio que China paga por la soja?

En ese desafío estamos y por ello resulta importante trabajar algunas pistas que articulen las estrategias y proyectos de comunicación con el momento histórico que atraviesa nuestro país. No sólo esta secuencia del "conflicto del campo", sino la secuencia histórica más amplia, densa e interesante en la cual vivimos. Y a partir de allí pensar tanto los conflictos como una posibilidad para actuar y construir, como el sentido de la comunicación.

Nuestra labor debe contribuir a desplegar y clarificar la historia de relatos y relaciones que se presentan en la coyuntura nacional. Y en ese sentido, se trata de ensanchar. No podemos vivir con el tiempo histórico que marcan la radio, la televisión y los diarios. Eso es perderse en el tiempo, el espacio y los relatos de otros. No podemos extraviarnos en la cotidianeidad, aunque a veces no tengamos más remedio. Lo tuvimos que hacer porque nos pasamos varias décadas tratando de sobrevivir, estando a puro presente. Pero ahora tenemos la oportunidad de mirar más lejos, tanto sea hacia adelante como hacia atrás.

Salidas de la crisis y sectores populares

Para poner el "conflicto del campo" en una perspectiva más amplia debemos remontarnos hacia atrás, particularmente a la secuencia histórica que tomó forma más visible, cruda y dolorosa en torno a los sucesos de fines de 2001. Ese momento expresó una profunda inflexión y una gran crisis que se visibilizó, se contó y se reconoció como una catástrofe social.

Superamos esa catástrofe, y emergimos de las salidas que a ella se dieron. Hay un reconocimiento común respecto a que ya no estamos en ese escenario de catástrofe, más allá de las distintas interpretaciones que pueda haber sobre ello. Venimos de la vivencia de la crisis, pero también de la experiencia de las distintas salidas.

Y provenimos también de la sensación de que los sectores populares tuvieron un peso central, tanto en el momento de crisis y catástrofe como en las secuencias de salida. Podríamos decir “protagonismo”, pero eso podría matizarse. Decimos entonces que tuvieron un peso central, pero no fueron los únicos protagonistas. Y eso es muy importante, porque cualquier momento de verdadera inflexión no cuenta con un único protagonista. Si así fuera, no habría historia. Si la hay es porque existen varios protagonistas disputándose.

Es importante por ello ubicarnos en ese momento de inflexión que los sectores populares tuvieron, y en el cual no participaron sólo como víctimas. Cierto es que pusieron víctimas, a lo largo de los treinta años anteriores y durante esos días. Pero también tuvieron un rol importante, aunque quizás no el estelar. Porque las películas de la historia no las produce Hollywood. Entonces, no hay roles estelares. Hay participación, relaciones y conflicto.

Las brechas de oportunidad

Y retomando esa secuencia histórica podemos reconocer que nos encontramos ante una ventana de oportunidad, para nuestra sociedad, para nuestra familia y para cada uno de nosotros. Es preciso leer esto desde la propia vida personal, analizar los últimos años y compararlos con las épocas anteriores. Y desde lo vivido pensar, y reconocer que sentimos una oportunidad, algunos más y otros menos. Pero sobre todo que reconocemos un margen y una brecha de oportunidad, particularmente si comparamos con los duros años noventa, y más ampliamente si lo hacemos con el ciclo que comenzó desde la dictadura.

Y esto puede observarse a partir de un ejemplo concreto: si actualmente hay grupos y sectores que están pensando en cómo hacer comunicación desde las organizaciones sociales, y no solamente en cómo conseguir la comida de cada día –como sucedía años anteriores-, se evidencia entonces que la crisis se transformó en una ventana de oportunidad.

Pero también hay que reconocer que, por definición, una ventana de oportunidad siempre se está cerrando. Podemos estar contentos de contar con ella, pero debemos ser conscientes de que su duración no es infinita. La pregunta es, entonces: ¿Qué estamos haciendo para mantenerla abierta? En algún momento se cerrará y las ventanas en la historia no se abren dos veces. Por eso es necesario mantenerla abierta todo el tiempo posible.

Por otro lado, una ventana de oportunidad existe sólo si alguien la reconoce como tal. Si estamos con los ojos cerrados, no hay ventana de oportunidad que nos pueda ser útil. En definitiva, es preciso mantenerla abierta, pero también reconocerla y nombrarla. Y la manera de hacerlo es indagarnos: ¿En qué la podemos aprovechar? ¿Qué se ve a través de ella? ¿Qué se ve para nuestro futuro? Se trata de darle sentido a esa ventana, contarla y ponerla en perspectiva de la historia personal y colectiva.

Y hay que hacer un esfuerzo más, en tanto personas que tenemos un plus de oportunidad porque participamos en organizaciones sociales. Allí tenemos una ventaja y una oportunidad con la que no todos cuentan. Participar en esos espacios es un recurso muy importante.

Entonces, es preciso reconocer esa ventana, pero también plantear un escenario y unas estrategias. A esa ventana también podemos pensarla como una estructura de oportunidad, una noción que supone distintos elementos que se relacionan entre sí con un patrón medianamente reconocible en cualquier espacio. Por ejemplo, eso permite observar, en lugares tan diversos como Catamarca y San Miguel de Tucumán, una estructura común de oportunidades y así aprovecharlas mejor.

Dimensiones de la crisis y del conflicto

Y de las crisis y las salidas, de las catástrofes y las oportunidades, pasamos a esta situación conflictiva que vivimos en torno a la cuestión agraria –por nombrarla de alguna de las tantas maneras en que se la llama-. Pueden reconocerse en este conflicto algunos ejes vinculados a tres dimensiones de la crisis y de la secuencia histórica que se abrió tras 2001.

La primera de estas dimensiones está centrada en el plano económico, aunque más precisamente tenga que ver con los modos de producir, acumular y distribuir riqueza. En 2001 esta dimensión aparecía relacionada al “corralito”, los planes de asistencia social, la convertibilidad, la dolarización y la devaluación. El debate era si seríamos un país con eje en lo financiero o en lo productivo. Y en el conflicto que vivimos actualmente también está presente ese tipo de debates, pero en otra modulación. Ahora la cuestión es:

¿Quién se queda con la renta extraordinaria de la exportación de los alimentos? ¿Qué se hace si acordamos que se puede extraer parte de esa ganancia e invertirla en otro ámbito? ¿Qué hacemos socialmente con eso?

También la dimensión de la representatividad estaba en juego entonces y lo está actualmente. A fines de 2001 se dio en forma de una gran impugnación: "Que se vayan todos". Y ahora resulta interesante que hay muchos actores, algunos más jóvenes y otros más viejos, que provienen de distinta clase. ¿Quién representa a quién? ¿Quién representa a los productores? ¿Quién a los pequeños y quién a los grandes? ¿Quién representa al pueblo? ¿Es el pueblo el que está en la calle? ¿Son las entidades? ¿Es el gobierno? ¿Son los partidos políticos? ¿Son los movimientos sociales? ¿Qué papel cumplimos nosotros allí? ¿Es la tele la que representa a la gente y la gente al pueblo? Estos interrogantes los apreciábamos en 2001 y también están presentes ahora. Interrogantes sobre la representatividad en todo sentido, pero en particular sobre quiénes son los dirigentes y cuál es la representatividad política, sobre quién legítimamente puede tomar decisiones políticas que afectan, deciden y configuran el modelo de acumulación.

Y por último hay una tercera dimensión, más sutil, que puede verse entre líneas: una crisis sobre las reglas de juego, eso que técnicamente suele denominarse "régimen". Se trata, en definitiva, de crisis en las reglas de juego: ¿Quién tiene derecho a reclamar? ¿Cómo se reclama? ¿Quién tiene derecho a ganar más? ¿Quién tiene la palabra autorizada? ¿Cómo hay que hacer para protestar (cómo hay que vestirse, de qué color, de qué forma hay que hablar, cómo tienen que ser los carteles)? Pueden parecer cuestiones anecdóticas, pero detrás de ellas hay largas historias acerca de cómo son las reglas de juego y quién decide lo que es legítimo en el fragor de la disputa.

Conflictos, escenarios y comunicación

En estas tres dimensiones es posible reconocer pistas y posibilidades de un nuevo ciclo de la vida social y política del país. En líneas generales, podemos sostener que hay un ciclo prácticamente acabado -o que al menos cambió profundamente su legitimidad y podemos dejarlo atrás-. Más susceptible de discusión es si somos capaces de hacerlo. Porque para que un ciclo de la historia se cierre, hay que abrir otro. Y eso es relativo, pues depende de con qué cosas contamos: si contamos con cada uno de nosotros, si podemos articular un relato sobre un nuevo ciclo, si podemos tomar decisiones.

Tanto a fines de 2001 como en la actualidad estábamos en condiciones de ver pistas y posibilidades de la vida social y política de nuestro país. Porque el conflicto da forma a los escenarios, constituye los actores y orienta las luchas, aunque muchas veces creamos que es al revés. Es el conflicto quien arma el escenario y define cuál es el contorno hasta el cual se extiende la disputa. Aunque en muchas oportunidades creamos que son los actores quienes plantean los conflictos, resulta interesante pensarlo a la inversa: si no hay conflicto, no hay escenario. Es el conflicto quien define a los actores, sus cercanías y distancias.

En el actual conflicto podríamos reconocer muchos actores: las cuatro entidades del campo, el gobierno, los sectores políticos, la oposición, las organizaciones sociales, la ciudadanía en general. ¿Qué hace falta entre tanta enumeración? Es necesaria una palabra que contribuya a ordenar, un mapa que ayude a transitar y encontrar dónde ponerse y cómo orientarse.

De la resistencia a la propuesta

Estamos en momentos de inflexión y de cambio, anclados en ese tiempo largo desde 2001 hasta la actualidad. Resulta entonces importante pensar, particularmente en esta secuencia vinculada al "conflicto del campo", cómo dar algunos pasos necesarios.

Muchas organizaciones vienen de prácticas centradas en lo micro y ancladas en el territorio y en lo local. Prácticas llevadas adelante en clave de resistencia y de demanda. Prácticas y objetivos vinculados a la supervivencia, a sacar adelante a los más jóvenes, a llegar a fin de mes. Y muchas veces ni siquiera a eso, porque "fin de mes" es una expresión importante en las sociedades en que hay salarios, pero donde estos no existen es un momento más del calendario.

Y numerosas organizaciones vienen también de prácticas desde afuera del Estado o, al menos, sin elementos institucionales fuertes. Y muchas veces contra el Estado, o a pesar del Estado. Con distintos nombres y modalidades, muchas provienen de ese tipo de prácticas, así se llamen populares, sociales, comunitarias o de la sociedad civil.

Pero ahora están desafiadas por un nuevo escenario, marcado por conflictos que plantean tareas en varias escalas (nacional e incluso latinoamericano) También están desafiadas por la necesidad de tener propuestas y estrategias consistentes. Ya no es suficiente resistir, hace falta algo más. No se trata de dejar de resistir, pero no basta con ello. Porque se han abierto brechas, y ante eso hay que contar con propuestas y estrategias significativas. La mejor manera de neutralizar a muchas organizaciones es decirles: "Vengan, colaboren y hagámoslo juntos". Y no es culpa de ellas, pues tiene que ver con la historia y el escenario de resistencia en que se han formado.

Estrategias para distintos ámbitos

Estamos además ante otra situación paradójica: esas organizaciones han generado con sus luchas más oportunidades de las que son capaces de asumir. La brecha de oportunidad es grande y se ha abierto por esas luchas. No sólo por ellas, pero en gran medida por esas luchas. Pero la brecha es más grande de la que puede asumirse.

¿Qué desafío entraña esta situación? Si antes reconocíamos prácticas orientadas a la supervivencia, ahora estamos ante el desafío de desplegar prácticas orientadas a construir ciudadanía, poder social y organización popular, a formular y desarrollar proyectos de país. Ese suele ser un reclamo muy asiduo y sencillo –"no hay proyecto de país"-, pero ahora está la oportunidad y es preciso tener la valentía de formularlo. Y en paralelo a esta cuestión, también está el desafío de trabajar con capacidades estatales, económicas y sociales y de tener actores y estrategias en todos los ámbitos.

Durante muchos años se sostuvo que el espacio de las organizaciones era la sociedad civil. La economía, los factores políticos y sobre todo el Estado eran los malos. Eso generaba que las organizaciones se quedaran en lo micro y en lo comunitario, porque se suponía que ése era su ámbito y todo lo demás era denostado.

La catástrofe, la crisis y el conflicto nos traen la memoria de otros momentos de la historia en que los sectores populares se reconocieron en distintos ámbitos: no sólo en el ámbito de la sociedad civil, sino también en las organizaciones políticas, en los movimientos sociales articulados a gran escala, en la gestión estatal y en el espacio de la disputa económica. Ante esos nuevos desafíos nos encontramos.

Nuevos territorios, nuevos desafíos

También hay otro proceso que estamos atravesando: el conflicto se está corriendo desde el territorio a un espacio más amplio, pero fundamentalmente a un espacio más ajeno a muchas organizaciones.

¿Por qué muchas de ellas estaban solamente en el territorio? Porque no había trabajo, y ante eso su accionar se replegaba cada vez más hacia el barrio: los circuitos cotidianos y los lugares más vinculados a la subsistencia están enclavados en el territorio.

Ahora se abre un espacio más amplio. Se trata de un territorio de relaciones, un terreno político vinculado con ese gran espacio de lucha que es la puja distributiva. Y allí se vuelven importantes, entre otras cosas, la cuestión salarial, las condiciones laborales, los impuestos (en última instancia el debate sobre las retenciones es un debate sobre impuestos)

En ese marco, ¿dónde quedan aquellas prácticas territoriales? A priori no deberían quedar afuera de ese territorio de luchas distributivas, sino que muchas de ellas tienen un nuevo e interesante allí. Porque si este conflicto distributivo se da respecto a cómo se captan las ganancias extraordinarias, a cómo se organiza una estructura tributaria, a cómo se aplican retenciones, a qué pasa con la inflación o a cuánto valen los alimentos, eso también atraviesa las calles de pueblos y barrios, y tiene que ver fundamentalmente con el destino de los recursos estatales. Siempre hay políticas públicas, pero ahora la pregunta central es adónde van dirigidas y qué se hace desde las organizaciones para construir y forzar opciones en ese ámbito.

Entonces se reconfigura aquel lugar original, porque aparecen desafíos y espacios ajenos. O espacios difíciles de encontrar. Y eso es lo más importante: estar ante otros lugares, otros desafíos, otros temas que los de siempre. Y ante otras personas, otros colectivos y otras organizaciones que las de siempre.

La distribución de las legitimidades

Estamos en la puja distributiva por la riqueza y los ingresos, pero también es preciso preguntarnos acerca de cómo se reparten el poder y el reconocimiento. Porque el poder y los recursos se les asignan a aquellos que son reconocidos como legítimos de percibirlos. Y eso está muy vinculado a las estrategias de comunicación. La comunicación administra reconocimiento.

¿Cómo se conectan estas distintas cosas? Muchos actores están ante el desafío de dejar de ser denunciantes o espectadores y de superar la fragmentación. Están ante la oportunidad de proponer, gestionar y conducir, ante la ocasión de articular la organización. Y articular no es solamente construir redes. En la historia debemos apoyarnos para recordar que durante muchos años se han construido redes, al tiempo que teníamos cada vez más fragmentación. Es preciso darse el trabajo de analizar qué tienen que ver entre sí las prácticas de las distintas organizaciones, y en particular las prácticas comunicacionales.

Arenas, agenda y actores políticos

Puesto que el conflicto atravesado plantea una nueva agenda, es preciso entonces definir un esquema de tareas. ¿Qué tenemos para conversar respecto a esos temas? ¿Qué tenemos para debatir y confrontar? ¿Qué tenemos para proponer? Porque no es sólo una nueva agenda de temas interesantes, sino que es una agenda de temas de conflicto y, por lo tanto, de temas de lucha.

El conflicto también plantea nuevas arenas políticas. Esta expresión proviene del circo, aquella arena en la que peleaban los gladiadores. Muchas veces suele pensarse que la política tiene que ser una cosa elegante, de mucho diálogo y corrección. Pero la arena política es la del circo, aquella en la que se ponía el cuerpo y se tomaban riesgos. Entonces, ¿cuáles son esas nuevas arenas que se presentan? ¿Qué clase de riesgos somos capaces de tomar para luchar en esas arenas?

Y finalmente también nos encontramos con nuevos actores: ¿Quién hablaba hace unos meses de la Sociedad Rural? Y además ocurre que muchas organizaciones se transforman en tanto actores. Entonces, hay nuevos actores porque aparecen algunos en el escenario, pero también porque otros se ven desafiados a actuar distinto. Y allí lo que se juega no es tanto la identidad, sino lo que cada uno de ellos hace. El conflicto es una relación que crea sus términos. Cuando se involucra en él, cada actor se transforma individual, organizativa y colectivamente. Ahí se transforma la sociedad.

Ante eso, ¿qué hace la democracia? Pone el conflicto en el centro y postula que no se trata de cerrarlos, sino de abrirlos. Por eso la democracia es un régimen de transformación: un fundamento basal de su juego es que el conflicto debe estar abierto.

La distribución de la riqueza como debate

Podemos recorrer una lista de palabras vinculadas a los desafíos y preocupaciones de la actualidad: retenciones, campo, soja, agricultores, precios, paros, cortes, protesta, plaza, lock-out, gobierno, presidenta, ministros, Estado, gobernadores, campo, interior, trabajo, modelo, discursos, prensa, libertad de expresión.

Pueden compararse con los temas de agenda, las arenas de lucha y los actores de años anteriores: planes, barrios, comedores, desocupación, pobreza, organizaciones, redes, comunidad, gobierno, política, funcionarios, técnicos, privatización, neoliberalismo.

Apareció en los últimos tiempos una expresión no muy mencionada años anteriores: distribución de la riqueza. Hace diez años ése no era un tema de debate. Lo eran la pobreza, la desocupación, la asistencia, pero no la riqueza. Arenas diseñadas por otros, agendas planteadas por otros y muchos actores configurados para ese escenario. Y por eso se decía: "Hay que hablar sólo de pobreza".

Un caso paradigmático fue el de una fundación benemérita, con la cual muchos hemos tenido contacto, cuya consigna era muy significativa: había que dejar que los pobres se ayudaran a sí mismos. Esa era su tramposa consigna de transformación, porque en nombre del empoderamiento y del protagonismo, ¿qué hacía con los pobres? Los dejaba solos. En el mejor de los casos, les decía como Moria Casán: "Si querés llorar, llorá". O como Coca-Cola: "Seguí participando". Pero había que arreglarse con la pobreza. Con la riqueza no había que involucrarse, porque la riqueza era de otros.

Y cuando aparece la distribución de la riqueza como tema de debate, es necesario preguntarse cómo fue apareciendo y cómo aparece hoy: ¿Cómo estaba oculta en el escenario? ¿Cómo fue creciendo? ¿Cómo fue

apareciendo? ¿Cómo la fuimos trayendo otra vez a nuestra agenda? ¿Cómo se manifiesta hoy? ¿Qué significa hoy, en esta coyuntura, hablar de distribución de la riqueza? ¿La riqueza de quién? ¿Qué distribución? ¿Cuánta? ¿Para qué? ¿Cómo? ¿Con qué mecanismos? ¿Quién la pelea? ¿Quién la propone? ¿Quién la niega? ¿A quiénes? ¿A dónde nos lleva? ¿A hablar de qué cosas? ¿En qué lugares? ¿Con quiénes?

Nos permite hablar, por ejemplo, de modelo productivo, de sojización, de desabastecimiento, de lock-out, de políticas públicas, de incidencia. Temas que desde hacía mucho no hablábamos o de los que no hemos hablado nunca. Ante eso, ¿cuál es el desafío? Tratar de hacerse cargo de esta historia, aquella que nos indican nuestros temas de agenda y nuestras arenas de lucha. Nuestra historia como actores, de nuestras relaciones con otros y de las articulaciones que podamos crear.

Interrogarnos desde el conflicto

Y a partir de esos desafíos es necesario pensar el conflicto en tres claves. En primer lugar, el conflicto cruza y corta. Tenemos allí una primera pregunta: ¿Cómo el conflicto cruza y corta nuestros proyectos de comunicación, nuestras prácticas y nuestros mapas de actores? ¿Dónde se toca con nuestra vida personal, con la vida de nuestro barrio, de nuestro pueblo, de nuestra organización? Ahí donde cruza es que corta, y así traza una frontera. Es la frontera de la política, aquella del amigo – enemigo.

Puede resultar duro expresarse en esos términos, pero la política es eso. Solamente que en democracia al enemigo no se lo mata, sino que se lo vence debatiendo, con relato y con argumento. Y también se le gana con fuerza, poniendo el cuerpo.

En segundo lugar tenemos otra pregunta: ¿Qué cuestiona el conflicto? Y no acerca de los otros, de los malos, de los poderosos, sino ¿qué cuestiona de nosotros y de nuestras prácticas? ¿Qué nos interroga? ¿Qué interrogantes presenta a nuestras prácticas organizativas, comunicacionales, sociales y políticas?

Y en tercer lugar, ¿qué crea el conflicto? ¿Qué oportunidades de creación brinda? ¿Qué prácticas comunicacionales nos invita a construir? Las prácticas comunicacionales son la dimensión comunicacional de prácticas históricas. Entonces, ¿que oportunidad crea para nuestras organizaciones y para las distintas prácticas de nuestras organizaciones?

Néstor Borri *

Contenidos desarrollados en abril de 2008 en el encuentro de cierre del ciclo de formación *Comunicación, organizaciones sociales y construcción de ciudadanía* enmarcado en la iniciativa Contalo Vos (Dirección de Formación de Actores Territoriales – Ministerio de Desarrollo Social de la Nación) y Espacio NOA.

* Equipo Colectivo Ciudadanía. Director del Área de Formación del Centro Nueva Tierra.